

LIBRARY



Duelos para reir.

Quince días hace que París no ha combatido. Quiero decir con esto, que los periódicos no han registrado ningún duelo que merezca citarse. Sin duda en este tiempo de Cuaresma, las gentes son menos susceptibles, el humor es más bonachón; es un modo como otro cualquiera de hacer penitencia. Hasta los mismos periodistas usan epigramas menos acerbos; su pluma es más discreta. No arrancan tajadas; se contentan con pequeños rasguños de amor propio, que no necesitan hacerse ver las caras en el campo. Pues hay que notar que en nuestros días, los periodistas son los que más se de-

safían; los hombres de pluma se han convertido en gentes de espada.

Sin embargo, veo apuntar en el horizonte muchos incidentes que podrían tener un desenlace dramático, y para que el lector no se halle desprevenido, voy á narrarle algunas anécdotas que acaba de evocar mi memoria con esa intención. Si no las conoce, podrán interesarle un instante, y si las conoce ya, tendrá para conmigo la misma indulgencia de que dí yo infinitas pruebas con respecto á Villemessant. Gustábale, como á todos los que han visto mucho y vivido largo tiempo. Pero en sus últimos años, como hombre de ingenio que se siente envejecer y desconfía de sí mismo, ocurríanle escrúpulos. Parábase de repente en medio de su relato para preguntar: «¿No le he contado ya esto?» Entonces yo respondía invariablemente: «De ningún modo, ¡oh! no. Ni pizca conozco de esa historia. ¡Siga, siga! Grandemente satisfecho, proseguía Villemessant con su cuento sin parar, cuento que yo sabía de memoria, pero que simulaba escuchar con interés y recogimiento angelicales.

Alejandro Dumas, hijo, se mostraba á veces menos conciliador. Y esto se explica: Su padre, el admirable, pero eterno contador, le había referido todas las historias de la tierra, verdaderas y falsas, y no se sentía con ánimos de volverlas á oír de nuevo. Por eso cierto día en que Villemessant comenzaba la relación de cierta aventura, Dumas, hijo, se quitó el sombrero y saludó hasta tierra.

—¿Qué hace usted?—le preguntó el director de *El Figaro*.

—Acabo de encontrarme con una antigua conocida, y la he saludado—respondió Dumas.

Yo me hallaba presente, y Villemessant refirió su cuento para mí. Las gentes que tienen una anécdota que contar son terribles.

Quizá yo sea también terrible; pero me consuela el pensar que mi lector está á trescientas leguas, y que si al paso saluda á mi historia, yo no veré las evoluciones del sombrero.

.....
Trátase de dos jóvenes estudiantes ale-

manes que dan un paseo por Francia, después de haber terminado sus estudios en Heidelberg, célebre por sus desafíos y los sablazos que allí se distribuyen. Hace pocos días que llegaron á Paris; entran en un café, se sientan enfrente de un individuo de buena apariencia, joven todavía, de aire grave, que lee con gran atención un periódico, y se ponen á hablar entre sí.

— Si quieres, dice un estudiante al otro, iremos luégo á visitar la catedral de Nuestra Señora, y subiremos á la torre.

No bien ha pronunciado estas palabras, cuando el vecino empieza á decir en mal alemán.

— Yo subo, tú subes, él ó ella sube, nosotros subimos, vosotros subís, ellos ó ellas suben.

Los dos jóvenes se miran asombrados; después siguen en su conversación.

— Al salir de Nuestra Señora — dice uno de ellos — si hace buen tiempo, podremos pasearnos en el bosque.

— Yo me paseo, tú te paseas, él ó ella se pasea — prorrumpe el individuo.

— ¡Ah! ¡Esto es ya demasiado! — exclama

ma uno de los estudiantes... — Caballero, ¿se burla usted de nosotros?

— Yo me burlo, tú te burlas, él ó ella se burla... — continúa el individuo, siempre tan grave, pero siempre tan incorrecto en su pronunciación alemana.

Los dos extranjeros no pueden ya contenerse; recuerdan sus costumbres pendencieras contraídas en Heidelberg, provocan á su vecino, le dan sus tarjetas, exigen la suya, y se van.

El día siguiente aparecen en el terreno. El de mayor edad de los dos alemanes, designado por la suerte para medirse con el desconocido, le dirige inmediatamente una estocada, gritándole: « ¡Pare usted esta! »

— Yo paro, tú paras, él pára... — responde el individuo, siempre con igual calma.

Y en efecto, pára con una habilidad, que denota ser un primer espadachin de fuerza.

Como no se le puede tocar, y él por su parte se niega á atacar, los testigos, después de dos acometidas, interrumpen el combate y declaran el honor satisfecho.

Los alemanes se acercan entonces á su adversario, y le dicen ambos á la vez.

— Pero en fin, ¿nos explicará usted?..

— Perfectamente, señores — les responde — es muy sencillo. Yo soy maestro de armas, y pienso fijarme en Viena para dar lecciones de esgrima. Antes de ponerme en camino, estudio la lengua alemana. Mi profesor me ha recomendado que conjugue el mayor número posible de verbos, siempre que la ocasión se presente. Ustedes vinieron á sentarse á mi lado, y yo me dije: He ahí la coyuntura; y me puse á conjugar todos los verbos de que se sirvieron ustedes.

Combatientes y testigos soltaron la carcajada, y no pudieron menos de darse un apretón de manos.

¿Conocía este lance el lector? — ¡Sí! ¡Pues bien! vuelva á saludarle, en tanto que refiero otro, al que quizá pueda saludar también.

Un novelista y un periodista deben batirse en duelo el siguiente día. Ambos están inquietos, pues uno y otro han oído decir que su adversario es hombre temible. Por eso, el novelista se decide á ir á casa de Grisier, el antiguo maestro de armas, para pedirle consejo.

— ¿No se ha ejercitado usted nunca en la esgrima? — le preguntó con gran interés Grisier.

— Nunca he tocado á un florete.

— ¡Diablo! ¿Y su adversario de usted?

— Dicen que es de gran fuerza... espada-chin furibundo.

— Entonces, es preciso ser muy prudente, muy circunspecto; limitarse á cubrirse y no atacar nunca.

— Bien, no atacaré... ¡Oh! no atacaré. Pero ¿cómo cubrirme?

— Extenderá usted el brazo... así... bien estirado, bien á lo largo, y esperará.

— Esperaré... ¿el qué?

— Á que su adversario se arroje sobre su espada y él mismo se atraviere.

— Tal quisiera yo. Pero ¿y si en vez de quedar atravesado, aparta mi espada y se me echa encima?

— Retrocede usted.

— ¿Y si es él quien retrocede?

— Usted no se menea.

— Doile á usted gracias, señor mío, y voime á hacer testamento. Siempre es bueno estar prevenido.

Apenas se ha despedido el novelista, hé aquí que llega el periodista.

— Mañana me bato en desafío — le dice á Grisier — con cierto hombre de letras, hombre temible, verdadero duelista, un espadachin en regla, y como nunca he manejado una espada, vengo á que me indique usted lo que debo hacer en el terreno.

— Es muy sencillo. Sostenga usted su brazo bien recto, bien á la larga... de esta manera... y esperará á su adversario.

— Pero ¿y si avanza?

— Recula usted.

— ¿Y si él recula?

— Usted no se mueve.

— ¿Y cree usted que así?...

— Así lo espero.

— Pues yo no tengo gran esperanza, por lo que voy á tomar mis últimas disposiciones.

Una vez al día siguiente, periodista y novelista se encuentran uno enfrente de otro en el bosque de Boloña; siguen en un todo los consejos de Grisier. Á consecuencia de una timidez, bien natural en momento semejante, ambos exageran las recomenda-

ciones del maestro; así que en cuanto se cruzan las espadas, cada combatiente se imagina ya que su adversario se adelanta, y recula por lo mismo; pero de tal manera, que ambos se hallan á diez pasos uno de otro, espada en mano, brazo extendido, firmes, arrogantes, con ojo de amenaza.

Los testigos, asombrados al pronto, se impacientan por fin, y les gritan: « ¡Avancen ustedes, caballeros! » Pero ellos, fiados en los consejos del maestro, permanecen en su puesto, en la misma actitud expectante.

Nada pudo decidirlos á aproximarse uno á otro.

En la serie de duelos divertidos, los hay que han fracasado. Referiré algunos. Mas téngase entendido que no invento nada: sólo mi memoria hace un esfuerzo, y cuento á mi modo lo que otros han dicho antes que yo, y mejor que yo.

En el mes de Julio de 1865, la fecha es importante, dos estudiantes en Leyes y Medicina, hasta entonces muy buenos camaradas, tuvieron una querella vivísima... por supuesto, cuestion de mujer.

El estudiante de Jurisprudencia envía al de Medicina sus dos testigos, estudiantes como él, y que no tienen el hábito de esa clase de negocios.

— ¡Cómo, de veras! ¿Quiere batirse?

— Sí, absolutamente.

— ¡Qué susceptibilidad! Y yo que había olvidado todo eso... Sin embargo, él me dijo cosas más sensibles que las que yo le dirigí... El ofendido soy yo.

— Él sostiene que lo es él. Pero, poco importa. Le deja á usted la elección de armas.

— ¡Ah! Él me deja... dice usted.

— ¡Sí! ¿Qué arma escoge usted?

— Escojo... escojo... Me parece inútil decirselo á usted de antemano.

— Es la costumbre.

— ¡Estúpida costumbre! Si yo hago elección de pistola, mi adversario se ejercitará al tiro durante todo el día, y mañana me acertará como figurilla de yeso... Prefiero no manifestar mi decisión hasta dentro de veinticuatro horas.

— Sin embargo...

— No hay sin embargo... así es... Yo no

pretendo batirme... Él es quien lo quiere... Así, pues, que acepte mis condiciones ó que me deje en paz.

Vuelven los testigos á verse con su amigo para decirle esa respuesta, y le cuentan la conversación, con la esperanza de calmarle. Pero no lo consiguen: él insiste en su desafío, anunciado en todas partes, y con tal de que se verifique, y á fin de satisfacer al público espectador (generalmente es por los espectadores el batirse), suscribe á las condiciones de su adversario.

Él es quien llega el primero al sitio escogido para batirse. Saca de los cofres de su carruaje un par de espadas, una caja de pistolas, dos carabinas y dos sables. Así puede hacer frente á todas las eventualidades... á menos que su adversario no escoja el cañón ó la ametralladora. En este caso, tomará sus medidas, y todo induce á creer que esas armas terribles no le harán retroceder. Rabia animosa le posee.

No tarda en llegar el estudiante de Medicina, grave, de serio aspecto, como conviene á la situación. Apenas baja de su vehículo, da orden al cochero de colocar un